

7-11  
años

COLECCIÓN  
Caminos del SUR

serie  
Amarilla

# Sinchi y Kai

Javier Guédez

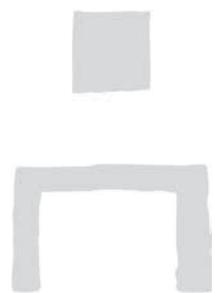
Ilustrado por Rodrigo Acosta



Fundación Editorial



elperroylarana



# Sinchi y Kai

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2017 (digital)  
© Javier Guédez



Esta licencia permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

#### Diseño de colección

Mónica Piscitelli

#### Ilustración

© Rodrigo Acosta

#### Edición

Yanuva León

#### Corrección

Yanuva León  
Zorayda Coello

#### Diagramación

David Dávila

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito Legal: DC2017002230  
ISBN: 978-980-14-3910-3

## Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo, y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa.

Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos, y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

**El gallo pelón** es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y toda historial real o fantástica de imágenes y ritmos.

**Los siete mares** es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

Javier Guédez

# Sinchi y Kai

Ilustrado por Rodrigo Acosta



## Sinchi y Kai, príncipe de las flores

Una noche oscura como un ataúd por dentro, cuando la luna aún no criaba conejos de humo ni los rayos imitaban a las centellas, Kai, príncipe de las flores, con sus pantalones de ajedrez y su sombrero de mariachi solitario, salió apresuradamente de casa a buscar algún remedio para Sinchi, su abuelo jaguar de dos metros de altura, que estaba vagabundo y postrado en una cama de hormigas, porque se había puesto mal, muy mal de la garganta.

Tenía adoloridos sus rugidos, que es lo más sagrado, como si tuvieran miedo o terror de enfrentarse al mundo moderno, y por ese motivo su belleza radiante disminuía lentamente, las manchas doradas de su piel iban desapareciendo de forma misteriosa, cosa que no está permitida para un jaguar milenario de dos metros de altura.



Sinchi y Kai se dieron un abrazo de oso nostálgico y se despidieron, luego se cerró la puerta detrás de ellos. Nunca antes se habían separado el uno del otro. Había llegado el momento. ¿O es que el jaguar y el príncipe de las flores eran uno solo?

En el camino, oscuro como una puerta cerrada con llave, Kai paró frente a la casa de Don Rumi Barba de Estrellas, que sabe todos los misterios del universo, así que le quiso preguntar acerca de la medicina para jaguares enfermos de la garganta.

Kai tocó a su puerta; era una casa pequeña como el anillo de una aguja.

Don Rumi Barba de Estrellas siempre tenía la puerta abierta. Kai entró y lo observó sentado en una silla extraña de cinco patas de elefante raquítico y más pequeña que su tercer ojo, parecía la silla de una planta. Estaba contemplando una pirámide brillante de cristal sobre la mesa, entonces Kai le preguntó:

—¿Don Rumi? ¿Se encuentra bien?

Y el abuelo Rumi seguía dejando caer cada una de las estrellas de su barba sobre la pirámide, enviando mensajes del más acá hacia el mundo del más allá, intentado resolver las fórmulas de la inmortalidad. Miraba la pirámide como a una película en el televisor. ¿O es que la pirámide y Don Rumi eran uno solo?



Sin voltear ni interrumpir su hechizo, Don Rumi Barba de Estrellas le contestó a Kai, como un hombre casi invisible que por momentos lograba desaparecer, así como intentan hacer las luciérnagas:

—Me encuentro donde estoy, pequeño Kai, si no estuviera aquí y en este momento, ¿cuál sería mi lugar? Por ahora no puedo ser un pulpo aéreo con paraguas de conchas de plátano, ni una nave selvática de ultratumba, mucho menos una nube vegetariana, quizás en otra vida pueda responderte, pequeño Hombrecito con Jaguar de rugidos enfermos, esta vez estoy muy ocupado... —y desapareció de la casa, de la mesa y de la silla raquítica para siempre.

Kai, sorprendido y un poco confundido por todo aquello que lo hipnotizaba, no quiso molestar más y salió a buscar en otro lugar, disparado como un mago. Tenía que conseguir esa misma noche a alguien que le ayudara a curar el rugido de Sinchi, su poderoso jaguar que se estaba desapareciendo lentamente de la faz de la tierra.

Entonces Kai, el príncipe de las flores, en la búsqueda de la medicina, cuidadosamente cruzó el puente colgante, donde los peces voladores del río Mucujún se tragan las luces explosivas que chocan y brincan en el cielo cuando los países están en guerra, dejándolo todo en calma.



Luego paró justo enfrente de un árbol antiguo como la creación, donde vive Lázaro, un niño volador que no puede caminar, ni correr ni nada, solo puede volar. Es un pájaro con alma de niño, ocupa la mitad del cielo cuando alza su vuelo y conoce muy bien las artes de las medicinas ancestrales para rugidos de jaguares.

Kai, el príncipe de las flores, subió hasta la cima del árbol silbando para comunicarse con Lázaro, pero la noche estaba fría y más oscura que el fondo de un agujero sin fondo y seguramente Lázaro habría volado a algún refugio que le brindara calor. No estaba ahí para ayudarlo.

Como pudo se bajó del árbol y continuó su camino para encontrar el remedio. Así subió a la montaña, donde residen los espíritus salvajes que cuidan la magia, que por muchos años había estado entre las tinieblas y la crueldad humana. Desde ahí se detuvo a mirar el cielo que estaba más oscuro que cerrar los ojos de noche y se puso a esperar a que algún espíritu le hablara y le recomendara la medicina para Sinchi.

La luna ya había tenido la oportunidad de nacer junto a un sinfín de conejos de humo blanco que tocaban muy bien el piano, el acordeón, las maracas y los tambores, y por eso no alumbraba tanto y la noche estaba oscura como un grito

por dentro. Kai, lleno de angustia y dolor, guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta para soportar el frío y nada ocurrió, nadie habló. Los espíritus no dieron señales de vida, seguramente estaban respondiendo crucigramas o bailando vientos.

Así fue como Kai les hizo una última pregunta en voz alta, levantando los brazos en dirección a las estrellas que para ese entonces no existían: ¿corazón de la montaña, saben el remedio para un jaguar adolorido?... y permaneció el eco de su voz rebotando contra el silencio, tan suave y cálido como una pluma que cae después de un largo vuelo. Sin respuesta alguna.

El príncipe de las flores se marchó de la montaña desolado, mirando a los animales microscópicos de la naturaleza, al no encontrar respuesta a su súplica, ni de Rumi, ni de Lázaro, ni de los espíritus de las montañas, ni de la magia.

De regreso a casa, entre las tinieblas tomó un desvío que lo condujo a un lugar que jamás había visitado y que le cambiaría la vida a partir de entonces.

En el camino se encontró con una hermosa planta de flores y, como Kai tiene ese poder de comunicarse con ellas, le dijo un secreto entre el tallo y la flor, y la planta agradecida creció alta y dio un fruto para alimentarlo, aliviándole un poco el viaje y la preocupación.



Al terminar continuó andando, hasta que inexplicablemente apareció ante sus ojos el maravilloso pozo sin fondo de los mitos y las leyendas, parecía un abismo peligroso, del que dicen que los cantos de las piedras de más de 4 millones de años son capaces de convertir a los caramelos en monstruos maléficos o a las latas de refresco en pájaros milagrosos, lo que quiere decir que tienen un gran poder. Han visto pasar muchos años y cada día se ven más sabias y fuertes, tanto que tienen su propio castillo volcánico en las profundidades de la tierra.

Kai se asomó al pozo y miró su rostro en el agua, esperando alguna señal. Al verse a sí mismo por primera vez en el espejo del agua quieto perdió el equilibrio, ¿había visto también el rostro de Sinchi? Y se cayó en el pozo. El pozo sin agresividad, más bien con suavidad y ternura, se lo tragó hasta las profundidades para llevarlo al castillo volcánico donde han habitado toda la vida las abuelas piedras.

Al llegar se pudo dar cuenta de que lo estaban esperando desde hace muchísimo tiempo y de que sus rostros parecían conocidos. Kai, al verlas, se quedó paralizado como si lo hubiesen disecado, nunca había visto tanta belleza junta en ningún lugar.



Las piedras eran hermosas, llevaban antiguos trajes elegantes de princesas nativas, sobre sus cabezas tres pajaritos indefensos, asombrosos tejidos con colores brillantes, largas crinejas en los cabellos oscuros y plumas siderales de aves fantásticas por todas partes, las uñas larguísimas enroscadas como raíces, con las que se tallaban ellas mismas mensajes ocultos, y un solo ojo triangular en el centro de sus pechos.

Eran cíclopes de una dimensión desconocida, testigos de un pasado remoto y del origen de todas las cosas: los rayos y las centellas, los animales microscópicos, la luna y sus conejos, la canción, los libros y la felicidad. Toda la historia las había visto pasar.

Ellas, al sentirlo llegar a la puerta del gran castillo inmortal, para recibirlo comenzaron a cantar melodías puras y verdaderas a través del pico de los tres pajaritos; era un canto que venía del corazón de una galaxia o de un insecto, que según dicen los que saben no puede volver a repetirse, son exclusivas e impecables melodías que sanan de cualquier enfermedad a quien las escucha.

Kai se iluminó por completo, todo el cuerpo le alumbraba como una lámpara encendida, se sintió muy bien, un verdadero príncipe de las flores. Al terminar el canto irreplicable de las abuelas piedras, Kai se preguntó en su mente “¿Y ahora cómo llevo esta medicina de canto sagrado a Sinchi?”, y al querer preguntárselo a las piedras directamente pudo ver con sus propios ojos alucinados que ya todo y todas habían desaparecido: las piedras, junto al castillo volcánico, el agua quieta y el pozo sin fondo.

Kai estaba de nuevo en medio del bosque oscuro como un murciélago en una cueva sin puerta, sin saber a dónde ir, resignado, dándose finalmente por vencido. ¿Era real o era un sueño intrigante lo que vivía? Asombrado y un poco nervioso de lo que le había ocurrido, corrió camino a casa para buscar a Sinchi e intentar de nuevo mirar el pozo para hacerlo escuchar el canto de las piedras y que así se pudiera curar al fin de la garganta y revivir sus poderosos rugidos.



En la mitad del camino, antes de llegar a casa, Sinchi corría desesperado al encuentro de Kai con dos lagrimitas en los ojos. Estaba lleno de radiantes manchas doradas, rugiendo como un jaguar milenario de dos metros de altura.

—¡Sinchi, estás rugiendo! —le gritó Kai sorprendido—, ¿cómo lograste recuperar tu poderoso rugido? —le preguntó muy sonriente.

—Lo recuperé buscándote toda la noche, príncipe de las flores —le contestó Sinchi, feliz como un jaguar que tiene un rugido poderoso.



## El bigote rosa

El señor Hortensio de la calle 8 del Barrio Chino en París es soltero desde hace mucho tiempo, nunca se ha casado ni ha conseguido una novia, pero tiene un bigote fantástico, nada comparable con la vida real. Es un bigote de concurso, digamos que es un bigote de festival, realmente un bigote olímpico, capaz de romper cualquier récord mundial. Ganador de las dos últimas copas marcianas de físicoculturismo bigotudo. Un bigote poderoso que sabe lo que es la amistad incondicional, los maratones de hormigas y pedir buenos deseos en las tortas de cumpleaños.

El señor Hortensio nació con el bigote encima de su boca como si fuera un premio o un amuleto que lo protege de todo mal y de cualquier hechizo o mala suerte. Todos los días le crece el bigote inevitablemente como una planta.

El señor Hortensio es abogado de gatos callejeros y también de gatas ladronas. Para no llegar tarde a la oficina se peina los bigotes en forma de alas de

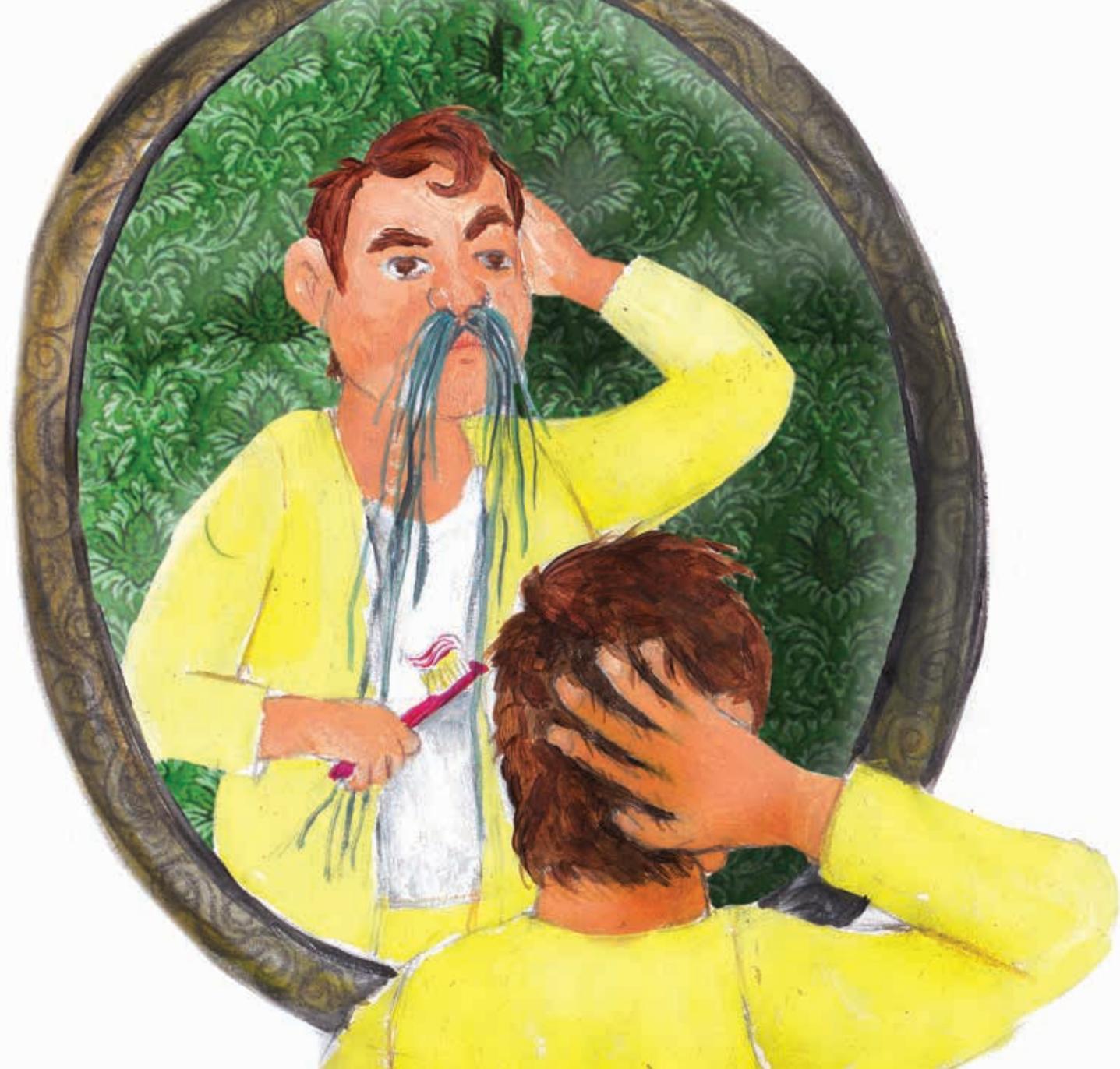


pájaro gigante y se lanza a volar por encima del tráfico loco de las calles, para ahorrar algunos minutos y poder llegar temprano al trabajo.

Sabe planear muy bien porque siempre va apurado a todas partes; cuando el viaje es largo, hace parada en los postes de luz de los parques, en los tendidos eléctricos, en los semáforos, en alguna montaña extraviada, y si es de noche, en algún rascacielos de grandes antenas. El señor Hortensio nunca tuvo un reloj.

Además, el bigote inseparable del señor Hortensio es tan fuerte que funciona como una grúa para los carros desafortunados y accidentados de la ciudad. Anda los días feriados buscando por las autopistas los carros averiados para entonces llevarlos arrastrados a fuerza bigotera de vuelta a casa.

El bigote honorable es capaz de prepararse hasta su propio desayuno, también lo han visto escribiendo novelas policíacas mientras el señor Hortensio hace la cola en el banco (el señor Hortensio no sabe nada de novelas).



Un extraño día el señor Hortensio se enamoró de una señora muy, pero muy hermosa, se casaron y fueron felices, muy, pero muy felices. Vivieron en Tokio y en Barinas, en Siberia y en Bucaramanga, después se mudaron al Congo y a Guanajuato, luego a Polonia, también se residenciaron en Churuguara y en Berlín, Malasia y Cochabamba, viajaron en el tiempo y vivieron en Constantinopla y finalmente decidieron radicarse en Barlovento. Tú sabes, por lo de las playas, las fiestas y los tambores.

En todas partes fueron felices.

Pasado el tiempo, tuvieron una emergencia familiar: el bigote honorable comenzaba a mostrar nostalgia por el tiempo perdido, sus músculos iban perdiendo poder y solo se le veía el esqueleto, ya nada lo entretenía y la amistad incondicional no era lo que más conocía en el mundo, las velas de las tortas de cumpleaños se apagaban sin ningún deseo y los maratones de hormigas ya nadie los miraba.

El bigote honorable iba llorando frente a las ventanas solas, bajo la lluvia en los cafés, en los ascensores, en las esquinas rotas. Estaba pálido, infeliz y envejeciendo, blanco como la nieve y triste como el número uno. Su amo y



creador se había enamorado fielmente de una señora muy, pero muy hermosa, y era feliz con ella, que era lo peor, dejándolo olvidado en el baúl de los recuerdos, sin importancia ni valor, un bigote más del montón. Los celos lo estaban matando.

El señor Hortensio y la señora muy, pero muy hermosa, preocupados por el bigote olímpico, duraban horas pidiéndole al gordo mar, a las revoltosas olas, al perro del vecino, a las vírgenes y a los santos, a los pajaritos silbadores, algún consejo para que el bigote honorable recuperara su ánimo y el amor de siempre.

De repente, otro extraño pero buen día, inexplicablemente, gracias al universo multicolor y al asteroide B-612, la señora muy, pero muy hermosa amaneció aquella inolvidable mañana con un bigote femenino, de color rosa, romántico y muy elegante, encima de su boca pintada.

Y fue así como continuaron su kilométrica felicidad internacional. Entonces, los cuatro enamorados, sanos y frescos como una lechuga, decidieron mudarse a un circo.



## Vicentico Ramón Bumbureano Vegas

Vicentico Ramón Bumbureano Vegas vivió toda su vida de oficios raros como su nombre. Dicen que las personas siempre terminan pareciéndose a sus nombres. Eran oficios algo extraños y, según la gente, totalmente inútiles. Desde que tuvo uso de recuerdo Vicentico Ramón Bumbureano Vegas, alias “el Hacedor Virtuoso”, repetía en un alto parlante por todas las calles del barrio, como un comprador de chatarra: “Haz lo que quieras y nunca trabajarás, haz lo que quieras y nunca trabajarás”. Era su consigna de honor, una especie de costumbre supersticiosa estafalaria que le permitía seguir a su corazón para no perderse nunca. Se lo había dicho su mamá cuando era más pequeño que una mesa de noche de una casa miniatura.

Desde niño experimentó con la vía láctea, tomaba un autobús imaginario en una parada imaginaria de una calle imaginaria y viajaba hasta los planetas



que no eran imaginarios, y ahí se encargaba de sembrar todo tipo de plantas de poder y árboles frutales para luego convertirse en jardinero interestelar.

Fabricó sus propias tijeras de jardinero con espejos rotos que encontró en las peluquerías antiguas donde se vieron las chicas más feas del barrio. Esa misión la culminó el 11 de agosto a la 1:20 minutos de la madrugada imaginaria del año 1956 (año imaginario) en su taller imaginario. Así logró convertir en muy poco tiempo toda la galaxia, que no era imaginaria, en una selva nublada, donde luego llegaron por su propia cuenta: pajaritos, ciempiés, osos hormigueros, morrocoyes azules y mandriles.

A Vicentico Ramón Bumbureano Vegas le preocupaba, al punto de tener pesadillas de robots descabezados y culebras de cuatro cabezas, que dañáramos el mundo, y por esa razón preparaba otros planetas y galaxias para la vida humana. Construía con su gran imaginación ríos, árboles, océanos, todos imaginarios, porque en cualquier momento un meteorito nos destruiría para siempre.

Luego se dedicó a oficios más bajos, en escaleras imaginarias subía hasta las nubes del cielo y guardaba ahí todos los secretos imaginarios más espeluznantes de la gente. Cada vez que lograba reunir más de quinientos secretos, que recogía de la estación del metro, de los autobuses imaginarios, de los parques y de las oficinas públicas, subía hasta el quinto piso del cielo por la escalera imaginaria, se paraba justo enfrente de las nubes, les hacía una ligera abertura con las manos como si tuvieran un cierre mágico y ahí guardaba todos los secretos. Después volvía a casa y cuando comenzaba a llover se veían descubiertos todos los secretos de la gente y nadie podía hacer algo para remediarlo. No había nada oculto entre el cielo y la tierra. Por esta razón y muchas otras le llegaron algunas citaciones de parte de la policía, a las que nunca asistió.

Diamantina, la abuela de Vicentico Ramón Bumbureano Vegas, decía que los secretos siempre había que contarlos, pero no necesariamente a los humanos, contárselos a la luna, a las nubes con forma de dinosaurio, a un saltamontes, a tu sombra, dejarlos debajo de una piedra, y así tu vida se integra con el universo, algo así como que nos volvemos todos uno solo.



Así los oficios del Hacedor Virtuoso fueron descendiendo hasta la tierra. Vicentico Ramón Bumbureano Vegas también persiguió a las hojas secas de los árboles que caían como helicópteros vegetales, suavizándoles la caída. Fue creciendo y también estuvo imaginariamente al cuidado de las buenas noticias, donde las conseguía las trataba como tesoros invaluable dentro de su chaqueta. Les daba calor, afecto y comida. Como era supersticioso y estrafalario, creía que si guardábamos buenas noticias cerca del corazón no nos enfermábamos nunca y las picaduras de avispa tailandesa no dolían tanto.

También fue contratado por él mismo como fabricante imaginario de abrazos enfermeros, los abrazos eran entregados a domicilio y en sobres como si fueran cartas a la gente que los necesitaba, había abrazos de todo tipo: de oso frontino, de mariposas tecnicolor, floridos e inolvidables, de tractores, de abuelas inolvidables, de aves migratorias, de físicoculturistas retirados, de silencios cósmicos, de niñas flaquitas dulces, de hormigas y bachacos amazónicos.

Era una gran variedad de abrazos para todas las necesidades y gustos.

El Hacedor Virtuoso tuvo mucho trabajo, porque todo el mundo necesitaba un abrazo, hasta que un día decidió hacer un superabrazo que tardó años de fabricación en su taller imaginario de hojalata. Un abrazo que pudiera abrazar



a todo el mundo en un solo intento. Cuando lo logró, se hizo adulto y prefirió cambiar de oficio y entonces se convirtió en defensor de niños rebeldes, luego fue haciéndose más diestro y practicó otros oficios tan raros como su nombre: único promotor afiliado de locos de remate, prolongador de primaveras, años más tarde cantante de señoras deprimidas, acompañante de señores solitarios, prepara cadáveres, fantasma llanero, recordador de cumpleaños, encendedor de gente apagada, secretario de magos, mototaxista lunar, transformador de equivocaciones, guardián evita-peleas, revive pajaritos, rezador de velorios, mutante recuperador de personalidades, bombero metafísico.

Con el tiempo Vicentico Ramón Bumbureano Vegas se hizo viejo, es decir, se hizo Don Vicentico Ramón Bumbureano Vegas, a esa edad solo le quedaba tiempo de escribir cartas a los animalitos que habían muerto alguna vez en las carreteras, que se habían convertido en ángeles de la guarda y que todo el mundo olvidaba. Sentía muchísima tristeza al escribirlas, aunque también se complacía, pensaba que alguien tenía que hacerlo. Recordar a los seres vivos que han muerto es una buena manera de no hacerlos desaparecer. El misterio de aquel oficio fue que a veces las cartas le eran contestadas sin remitente; entonces abandonó el oficio.



Así fue envejeciendo cada día más y los oficios fueron disminuyendo de emoción y color, lo que lo llevó a tener una inolvidable e imaginaria idea: recordó su costumbre supersticiosa y estrafalaria, y se convirtió en dador de vida imaginario, el mejor de todos los oficios, empezó a tocar todo lo que estaba inanimado o muerto y lo revivía. Tuvo muchas hazañas y aventuras imaginarias en los cementerios, pero también tuvo casos de revivir matrimonios, sueños dorados, árboles caídos, jardines colgantes, abogados, canciones, fragancias, fiestas y celebraciones. El mundo gozaba de una alegría incomparable.

Y el tiempo imaginario fue implacable, pasó como si fueran olas gigantes de una playa desierta, y una noche Don Vicentico Ramón Bumbureano Vegas, “el Hacedor Virtuoso”, dormido en su cama a punto de morir inconforme y de tomar sus maletas para largarse al otro lado del mundo, es decir, la muerte, comenzó a poner en práctica su noble oficio, que era lo único que podía recordar para entonces. Se puso la mano imaginaria en el corazón y funcionó por última vez. Murió y volvió a nacer con un grito imaginario del vientre de una madre valiente que lo llamó de nuevo: Vicentico Ramón Bumbureano Vegas.





## Clorofila

Una hoja va cayendo de un gran árbol y le va diciendo adiós mientras cae. Los niños de abajo creen que es un helicóptero que se estrellará contra sus casas, porque es muy grande y da muchas vueltas.

La hoja recuerda la memoria de sus hermanas, tíos, padres y abuelos mientras danza con el misterio del viento. No tiene paracaídas, ni miedo. Viene cantando porque la naturaleza sabe lo que hace.

Las familias de abajo han llamado a los bomberos, están angustiadas, preocupadas, destornilladas. La hoja del gran árbol se les viene encima como un meteorito explosivo, colosal y monstruoso.

Con la ayuda de todo el pueblo cargarán las casas, los carros, los parques de diversiones, las panaderías y los hospitales para salvarse de la hoja que viene cayendo de lo alto del cielo, de un gran árbol de cuatro mil seiscientos años de edad.

Y la hoja disciplinadamente va descendiendo hacia su encuentro final, se despide de los pájaros, del mono araña, las libélulas, las orugas y las hormigas, quienes a partir de muy poco tiempo comenzarán a extrañarla. Todas las hojas de los árboles se quieren y se recuerdan para siempre.

La gente de abajo, entre gritos de desesperación, va recogiendo todo y marchándose a otro lugar lejano donde no caigan hojas de los árboles. En cambio, la hoja del gran árbol cada vez va cayendo con mayor velocidad, cierra los ojos y sueña con nuevas flores. Vuelve al lugar donde empezó todo: a la tierra.

Y después de un largo viaje llega al suelo la hoja del gran árbol, como un inocente helicóptero inofensivo, que dijo adiós a aquel pueblo lleno de enanos.





## Enrevesado

El abuelo Diamantino, ansioso de recuperar su pasado, que por olvidadizo se le había olvidado, con fuertes deseos de no quedarse sin memoria, comenzó una tarde a caminar al revés y al contrario del mundo, a ver hasta dónde llegaba. Buscaba sus raíces como una gata loca que se busca la cola con la lengua.

Al principio fueron pasos inseguros, se agarraba de las paredes para no caerse, caminaba al revés desde su cama desbaratada con resortes inflables hasta la cocina tamaño familiar para una sola persona, y desde la cocina al balcón (plataforma de despegue de los malos augurios), y del balcón a la puerta principal construida con piedras de los parques silenciosos.

El abuelo Diamantino tenía doscientos años recién cumplidos cuando comenzó la cuenta regresiva, nunca le ha hecho falta tomar ni un solo medicamento más que la alegría, estar alegre ha sido su único secreto para vivir

más tiempo, aunque nadie se lo ha podido creer nunca. La gente pensaba que se había quedado ciego, pero realmente era que había alcanzado la otra mirada.

En su búsqueda tropezaba las cosas y las cosas se caían, tumbaba los floreros y las flores, la biblioteca y los libros, los portarretratos con todas las fotos de su canario Federico vencidas por el polvo. También se derrumbaban como torres de arena los percheros donde colgaba las chaquetas fantasmas, que al caer dejaban ver su esqueleto devorado por el tiempo entre algún ticket ganador de lotería sin cobrar, y antes de caer los sombreros volaron como cuervos audaces y sobrevivientes, escapándose por el balcón en busca de alguna cabellera joven. Así, entre tropiezos y desastres, logró salir de casa por primera vez después de noventa y seis años.

En la calle, los trotadores matutinos con sus muñequeras y sudaderas nuevas se paralizaban como un reloj sin pila al verlo caminar así, y la gente de los carros, extrañada, le gritaba al abuelo Diamantino palabras de aliento y de desaliento, insultos pero también besos lanzados con las manos por señoritas lindas. Algunos transeúntes fotografiaban nerviosos, algunas madres agarraban duro de las manos a sus niños, otros intentaban seguirlo, caminando a su lado



en retroceso a ver si escondía algún secreto, o si era parte de un plan macabro, o si curaba alguna enfermedad caminar así en contra del mundo.

Como muestra de apoyo hubo quien pretendió apartarle del camino las cosas que serían peligrosas y que lo harían caer o desistir, como una silla, una estatua o una piedra. Pasadas algunas semanas del maratón al revés, ya la televisión estaba interesada en la fama y buscaba la manera de entrevistarlo a través de corresponsales y camarógrafos en bicicleta que le siguieron para lograr conseguir algunas declaraciones o, por lo menos, un autógrafo en el brazo o en la camisa para llevar a sus hijos que estaban locos de contentos siguiendo la vida pasada del abuelo por los balcones, las azoteas y las pasarelas.

Luego, en los momentos que nadie lo ayudaba porque era muy tarde en la noche, fue derrumbando las señales de tránsito, los semáforos, los avisos publicitarios, las copas de vino de los restaurantes, que partía en mil pedazos. El abuelo se llevaba todo por detrás en su largo camino en retroceso, las jarras de limonada sin azúcar de los cafés partidas en dos mil pedazos, los carros estacionados hundidos y abollados por sus largos zapatos rojos de patente.



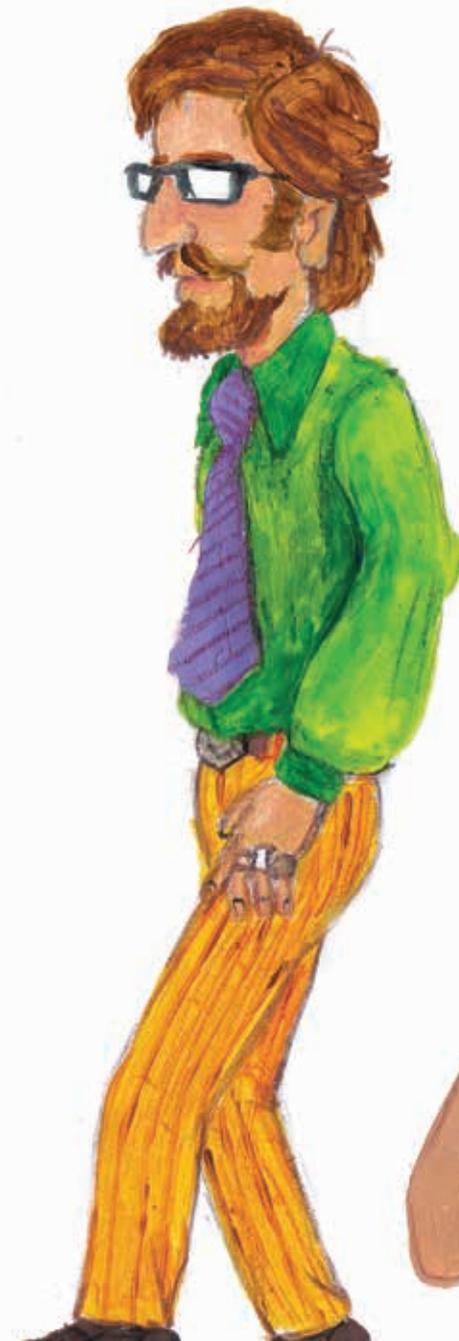
Pisaba a los perros callejeros que desafortunadamente se quedaban dormidos en medio del camino, y más de uno se le fue a los pantalones intentando morder un trozo de carne de batata fresca sin poder lograrlo, porque el abuelo era un saco de huesos.

Los animales que pudieron sacar sus cabezas por las rejas del zoológico también se impresionaron al ver al abuelo y le gritaron buenos consejos para que pudiera llegar hasta el final del viaje.

Con el tiempo aumentó la velocidad de su caminata al revés y se convirtió en una carrera al revés; cuando logró esta hazaña, el abuelo pudo ver cómo todas las épocas le pasaban por los lados, pareciendo competidores del maratón que quedaban vencidos y que ahora estaban de frente como si fueran el futuro que se va y se pierde y también se olvida.

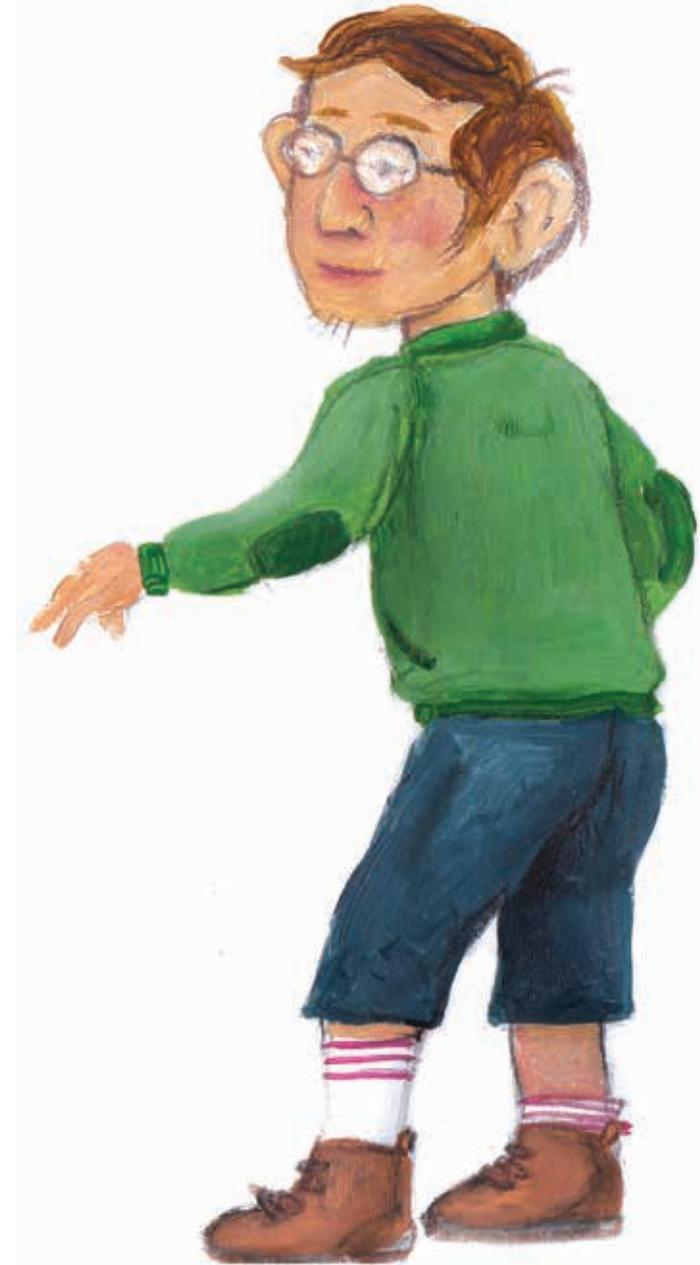
El abuelo ya había alcanzado tanta destreza que hasta le quedaba tiempo para dormir y caminar de revés al mismo tiempo por todas las ciudades y campos del mundo.

Mientras los años iban pasando, también al revés, el abuelo entonces rejuvenecía, iba cambiando con el tiempo y con la moda. Cambiaba su corte de cabello, su barba, su bigote, su ropa, sus zapatos y hasta su manera de hablar.



Así vio nacer a sus nietos en la carretera, luego a sus hijos y los bigotes de sus hijos y las esposas de sus hijos y sus perros; después a sus hermanos menores y sus primeros dientes, y entonces llegó a su adolescencia llena de poesía altanera y luego a su infancia atlética y después el abuelo era un niño rubio y feliz, después un bebé sin cabello y muy feliz y entonces de pronto era tan pequeño que saltó al vientre de su madre, redondo y embarazado, y fue haciéndose una criaturita de 9 meses, luego de 8, de 7, de 6, de 5, de 4, de 3, de 2, de 1, de días, de horas, de segundos y ¡pummm!, se convirtió en luz de bengala y se fue en forma de pura energía desde el vientre de su madre hasta el primer beso enamorado de sus padres y la historia continuó...

Sus padres también se hicieron jóvenes rebeldes y niños del campo y bebés hermosos llenos de flores en la cabeza y meses y días y horas y segundos y después sus abuelos y sus bisabuelos y sus tatarabuelos lo mismo, y las eras pasaron: las glaciaciones, las cavernas, los dinosaurios y el abuelo iba como un rayo de luz al revés por toda la historia de la tierra (guerras, amores, gritos, caricias, lluvia, pájaros) y de pronto ¡pummm!, llegó al fondo del mar. Entonces el abuelo se convirtió en un pez aguja y luego en cocodrilo y en tortuga vieja, tortuga joven, tortuga niña y escapó de los pulpos; después se transformó en mandril y en



gorila y luego viajó al fondo de la tierra y escapó de los humanos y los vegetales y del fuego ardiente.

Detrás del origen iba el abuelo insistente... después, en un triple salto alto de rayo de energía al revés llegó a la vía láctea sin el canto de Federico, su canario pico de serpiente, dejando atrás a la tierra y tomó un barco interestelar que viajaba al revés hasta las estrellas llenas de agua, música y ¡pummmm!

Explotó el abuelo Diamantino en la galaxia y se perdió infinitamente en el pasado. Nunca más se le volvió a ver.





## El último secreto del cielo

Recogiendo algunas naranjas del campo, Mechita recordó que los dragones voladores no solo eran producto de la imaginación, y pudo comprobarlo sin método científico cuando vio uno de carne y hueso surcar el cielo como si lo hubiese sobrevolado durante toda la existencia de la vida en la tierra.

Mechita se preguntó si esa inmensa cola brillante, voladora de grandes ojos y dientes afilados, y ese fuego humeante que salía de su larga boca habría estado merodeando siempre aquellos lugares, y sobre todo si el tío Ildemaro ya lo había visto antes que ella. En ese momento vinieron a su mente como un balde de agua fría infinitas preguntas sin respuesta sobre la existencia de aquel enorme dragón pacificador que tranquilamente planeaba sobre sus cabellos calientes. Logró verlo con el mismo gusto de volver a ver a los árboles que dimos nombre en los bosques maestros de la infancia.



En el poco tiempo que dura abrir y cerrar los ojos, Mechita volvió la mirada al cielo mientras continuaba recogiendo las naranjas, y el dragón volador había desaparecido misteriosamente sin protocolo alguno, es decir, sin despedirse, pero a cambio quedó en el aire Yoshiun, pez globo volador que merodeaba el cielo tan hábilmente, como si lo hubiese sobrevolado durante toda la existencia de la vida en la tierra. Mechita no lo quiso creer en el primer momento de ingravidez de un animal marino, y de asombro tomó un aire tan profundo que también se infló tanto como un pez globo... y cuando comenzó a creer sin preguntas ni sospechas, se fue desinflando lentamente hasta alcanzar otra vez su contextura de costumbre. Entonces volvió a su recolección de naranjas con el rostro confundido y muy agradecida de poder ver lo que no solo puede verse con la vista.

La boca impaciente de Mechita dejaba ver una loca sonrisa de acordeón que buscaba esconder de la gente del pueblo, no querría que nadie se enterase de lo que veía en el cielo, porque estaba segura de que eran milagros que parecían espejismos.



Con el cesto lleno a la mitad de redondas naranjas para hacer jugo de naranja, caminó unos pasos cortos y cuidadosos para ver qué otro milagro se hacía carne y hueso en su propia cara de niña en aquel cielo cara de cielo.

Toda la familia de Mechita estaba en la casa, sentados muy seria y decentemente. La mesa a primera hora de la mañana estaba servida, solo esperaban por el jugo de naranja. Mechita miró dentro del cesto para calcular los siete vasos de jugo que hacían falta para el desayuno, incluyendo un vaso final que se reparte entre todos, pero la curiosidad la alcanzó de pies a cabeza y alzó de nuevo la mirada al cielo, como quien busca lo que siempre encuentra.

El pez globo, ni sombra ni luz de su paradero, de nuevo el cielo estaba despejado, sin rastros ni huellas; pero no demoraba una nueva exhibición del viento, cuando repentinamente vio a la marrana Ana con la boca pintada muy cortésmente avanzar en aquel cielo sin peajes ni alcabalas, con un vuelo esplendido, nada parecido a su comportamiento en el corral. Al alejarse entre las nubes terminó por guiñar un ojo la muy marrana, la muy Ana, estirar y enroscar su cola como en un acto de pura rebeldía y desaparecer.

Mechita vivía una felicidad parecida a la de comer mango verde, aunque entre una contemplación y otra se le escapaba un miedo que le ponía a temblar

las piernas, pero no por mucho tiempo. Después entendió que si se dejaba tranquila, quieta y maravillada por aquella procesión de volados y voladas, todo pasaba dulcemente, y así era como aquella sonrisa de acordeón y el ensueño protegía el corazón bien entrenado de Mechita, y lo iba a necesitar porque en menos de lo que truenan un trueno apareció sobre la autopista sideral de las nubes flacas la Gallina Paula, que sin piel de gallina volaba como un águila. Eso sí que no lo iba a permitir Mechita, la gallinita de los huevitos criollos que valen más que todo el oro, la ponedora, la consentida, la verdadera matrona de la casa, alzando vuelo y dejando el plumero. “¡Jum! Todos vamos a morir de hambre”, imaginó.

—Ahora sí llegó nuestro fin –le gritaba a las alturas del cielo, pero la Gallina Paula estaba tan alta que no lograba escucharla.

A partir de aquel milagro, todo para Mechita empezó a picarle de preocupación; sin embargo, estaban esperando por ella, sin el jugo en la mesa no se inicia la ceremonia del alimento, y mucho menos sin ella, esas son las costumbres de la familia más honesta del mundo, y esa era precisamente su misión, así que requería de mucha atención y cuidado, porque las cosas cuando son, son, y cuando no, no son, y más vale que sean.



Miró de nuevo el cesto y según sus cálculos nada aritméticos, más bien de vuelo de pájaro, le quedaban pendientes unas plantas más para cosechar y así poder completar las naranjas del jugo de naranja, pero al ver a lo largo del conuco se aseguró de que quedaban las plantas más raquíticas. Corrió duro, pero le hacía falta un susto de perro bravo para ponerle más velocidad a la carrera de sus piernas y brazos. Al llegar a la primera planta, su corazón le latió más suavemente porque vio que con esa carga de naranjas completaba los siete vasos de jugo, incluyendo el que se reparte entre todos al final de la comida.



Respiraba mucho mejor, cuando inexplicablemente apareció una gran sombra sobre el cielo, oscuro todo como cuando se apagan las luces. Mechita no se quiso distraer para terminar lo que había que terminar, porque cuando las cosas comienzan, terminan.

Terminó la cantidad de naranjas para el jugo, la bebida estaba garantizada para el primer desayuno del año. Culminada la labor, sin piquiña de preocupación, Mechita miró al cielo. Para su sorpresa, era el tío Ildemaro con su bigote rojo espléndido volando en estilo espalda en piscina olímpica por los aires, fumando de su pipa y cantando con una orquesta de violines, y además para acompañarle la tía H, que ya no era muda, se dejó cautivar por los encantos del viento y voló a su lado, pero en estilo mariposa. Las olimpiadas habían comenzado.

Detrás le siguió volando sin vergüenza la banda completa de primas y primos y hermanos y hermanas y vecinos y todas las generaciones, el árbol genealógico desde Adán y Eva, es decir, en un solo relajo de vuelos desastrosos toda la familia de Mechita, pero apenas todo recién nacía como un recién nacido. Luego comenzaron a aparecer como venidos de algún teatro absurdo que abría su telón de celofán y papel lustrillo, ranas, serpientes emplumadas, arañas



monas, armaduras de caballero, el aviso de madera de la finca de tío Ildemaro, hoyas, túnicas, chinchorros, libros viejos, calendarios lunares, la nevera de kerosén, estampidas de cebras, orangutanes, ñus, caimanes, locomotoras, las pirámides de Egipto, templos de todos los colores religiosos y hasta el escapulario de la abuela Diamantina que se trajo consigo las estampitas de todos los arcángeles protectores. En fin, toda la historia con todas sus épocas volando... hasta que el cielo preñó de agua sus nubes... y se hizo de nuevo la sombra, la noche.

Mechita no mostró algarabía porque estaba alumbrada por la providencia, permaneció en silencio sin tener la cobardía de pestañar y mirar profundamente el último milagro, el último secreto de su vida, en momentos llegó la tarde sin sonrisa de acordeón. Miró el cesto, estaba vacío, como si lo hubiese estado durante toda la existencia de la vida en la tierra.





## La vaca hiperrealista

La vaca hiperrealista movía la cola desesperadamente para no permitir el paso de un millón de moscas azules del Amazonas, que querían construir un hotel 11 estrellas para turistas extranjeros encima de su lomo plateado, como si eso fuera así de fácil. La cola hacía un movimiento rápido, calculábamos que alcanzaba la velocidad de la luz, parecía un ventilador y en cualquier momento despegaría como un aeroplano de papel cuando enciende sus turbinas.

Las moscas azules hicieron varios intentos, subiendo por las patas, por las orejas y por las ubres, pero el viento que producía la cola de la vaca hiperrealista era tan fuerte que las disparaba hacia todas partes como cosas minúsculas. Después de varios días se cansaron y decidieron irse a convencer a otro animal.



## En la vida de la vaca hiperrealista no entraba nadie

La vaca hiperrealista volvió a pastar como siempre, feliz y sin preocupaciones domésticas, pero no pasó mucho tiempo cuando se acercaron las hormigas del imperio egipcio, según la calculadora fueron más de ciento cincuenta mil hormigas que llegaron frente a ella buscando un refugio seguro para el invierno, como si eso fuera así de fácil. Pensaban que cubriéndose entre sus ubres podrían conseguir techo, calor y leche, lo suficiente para pasar todo el invierno, pero llegó primero el otoño del viento pesado y poderoso que produce la cola de la vaca hiperrealista. Las hormigas del imperio egipcio habían ido preparadas para superarlo con artefactos y escudos de alta tecnología japonesa. Intentaron por las patas, las orejas y las ubres, pero ningún esfuerzo fue exitoso, terminaron pidiendo auxilio al salvavidas de la laguna más cercana a donde fueron finalmente arrojadas.

## En la vida de la vaca hiperrealista no entraba nadie

La vaca hiperrealista volvió a pastar como siempre, feliz y sin preocupaciones domésticas, pero no pasó mucho tiempo cuando de pronto llegaron por la parte trasera las luciérnagas del Himalaya, quienes apagaron las luces de sus naves para tomar por sorpresa a la vaca hiperrealista. Y como si eso fuera así de fácil, estaban pensando quedarse a vivir en su cola, aprovechando sus ágiles movimientos de molino de viento, capaz de generar más de nueve mil kilovatios por segundo, lo que ayudaría en gran medida a cargar de energía las colas brillantes de nueve luciérnagas venidas en barco desde el Himalaya. Pero qué lástima, porque la vaca hiperrealista al olfatear percibió la presencia de elementos extraños y eso significó tener que mover la cola más rápido que nunca, prendió los motores y enseguida las nueve luciérnagas del Himalaya cayeron de nuevo en su dulce hogar del frío Himalaya sin necesidad de ningún barco, y sin boleto de regreso.



## En la vida de la vaca hiperrealista no entraba nadie

La vaca hiperrealista volvió a pastar como siempre, feliz y sin preocupaciones domésticas, pero no pasó mucho tiempo cuando ciento once pajaritos de los Chaca Zulu del África ardiente vinieron con sus instrumentos musicales (acordeones, guitarras, tambores, platillos y sonajas) a conquistar a la vaca hiperrealista para que les permitiera hacer un concierto en su cabeza, como si eso fuera así de fácil. El viento llegó veloz y poderoso como siempre, los pajaritos moviendo sus alas hicieron resistencia y se fueron acercando cada vez más, intentaron por las patas, las orejas y las ubres, pero finalmente ocurrió lo impensable, lo que nadie se esperaba, la cola de la vaca hiperrealista tenía TURBO. Lo puso en marcha y en menos de lo que truenan un trueno los pajaritos Chaca Zulu del África ardiente fueron arrojados rápidamente a la estratósfera, traspasaron las nubes y nunca más se supo de ellos.





## En la vida de la vaca hiperrealista no entraba nadie

La vaca hiperrealista volvió entonces a pastar como siempre, feliz y sin preocupaciones domésticas, pero no pasó mucho tiempo cuando llegó un hombre urbano y triste buscando sembrar unas semillas sobre su lomo plateado, porque la ciudad llena de edificios se había quedado sin un pedazo de tierra. Y de nuevo ocurrió lo doblemente impensable, el TURBO de la cola tenía dos velocidades, puso en marcha la máxima velocidad y espantó con facilidad a aquel hombre que casi no podía sostenerse sobre sus pies.

Qué terrible la historia de las moscas azules del Amazonas, de las hormigas del imperio egipcio, de las luciérnagas del Himalaya, de los pajaritos Chaca Zulu del África, del hombre urbano y triste... por eso la vaca hiperrealista siguió pastando como siempre, feliz y sin preocupaciones domésticas, pero no por mucho tiempo... porque a lo lejos, allá en el horizonte infinito, donde el cielo es la tierra y viceversa, ahí a esa distancia inalcanzable brillaba solitario un lomo plateado que se fue acercando lentamente... y de pronto, de cerca, la encandiló. Era el TORO HIPERSURREALISTA.

Y sin querer, entre una cosa y la otra, como si eso fuera así de fácil, la vaca hiperrealista y el toro hipersurrealista flecharon para siempre sus corazones.

NOTA IMPORTANTE: en la vida de la vaca hiperrealista había entrado una excepción.

## Índice

Sinchi y Kai, príncipe de las flores	9
El bigote rosa	25
Vicentico Ramón Bumbureano Vegas	33
Clorofila	45
Enrevesado	49
El último secreto del cielo	61
La vaca hiperrealista	73



EDICIÓN DIGITAL  
Septiembre de 2017

Caracas, Venezuela

## Sinchi y Kai

Que alguien tenga como mejor amigo a un jaguar de dos metros es algo bastante inusual y sorprendente, que ese jaguar se enferme y empiecen a caérsele las manchas es para sabernos ante lo asombroso, pero que el jaguar resulte ser al mismo tiempo su amigo humano, jaguar y hombre un solo ser, ya parece alucinación de una realidad paralela distante, sueño de magias posibles cuando se duerme con los ojos abiertos y las palabras desbordadas. Sin embargo, acá está la prueba de que sí es posible, y no lejos, sino en las páginas de este libro raro que ofrece además otros cuentos mutantes, donde un bigote poderoso se enamorará de un frágil bigote rosa, un viejo de doscientos años avanzará hacia atrás en busca de sus recuerdos, una niña que recoge naranjas encontrará un dragón volando sobre su cabeza y otras cosas extrañas pasarán, con el más espléndido desparpajo.

### Javier Guédez Sánchez (Miranda, 1980)

Es morisqueador del reino de los ociosos oficiosos, escrituroflexólogo por temporada, yuzo de la poesía y narrador de historias para no quedarse sin trabajo después de su primer salto al vacío. Premio Nacional del Libro de Venezuela (2014), en la categoría Experiencia en promoción del libro y la lectura. Galardonado por sus cuentos: “Komegato” (2001), “La montaña amarilla” (2003) y “Puyero” (2010). Creativo de La Kuentonáutica, un gimnasio para la imaginación. Fundador del Programa Nacional de Lectura *El Sombrero de la Ñ*. Autor de los libros: *Retorno de alas*, *Inventadero*, *un viaje de la Kuentonática*, *Gárgaras y Pazíficos y la mutante*. Ha trabajado en la realización de guiones para teatro, televisión y radio. Otras de sus loqueteras son el doblaje para animación y *Los Efímeros del Parque* (arte del viento). Amado de Tencha Media Luna, papá de Liana y Koan, Lea (la gata) y Alicia (la perra).

### Rodrigo Acosta (Chile, 1971)

Radicado en Venezuela desde 1984. Fotógrafo, director de arte para cine y televisión, director de la película *Medianía, una historia a medias* (largometraje animado para niños). Pintor, muralista e ilustrador para semanarios y revistas en Venezuela y Argentina. Cuenta con un extenso trabajo dirigido al público infantil y adolescente en seriados y campañas audiovisuales de concientización. Ha ilustrado para esta casa editorial los libros *Imagínate tú*, de Rod Medina, y *Árboles. Crónicas de una ausencia*, de Enrique Bernardo Núñez.

